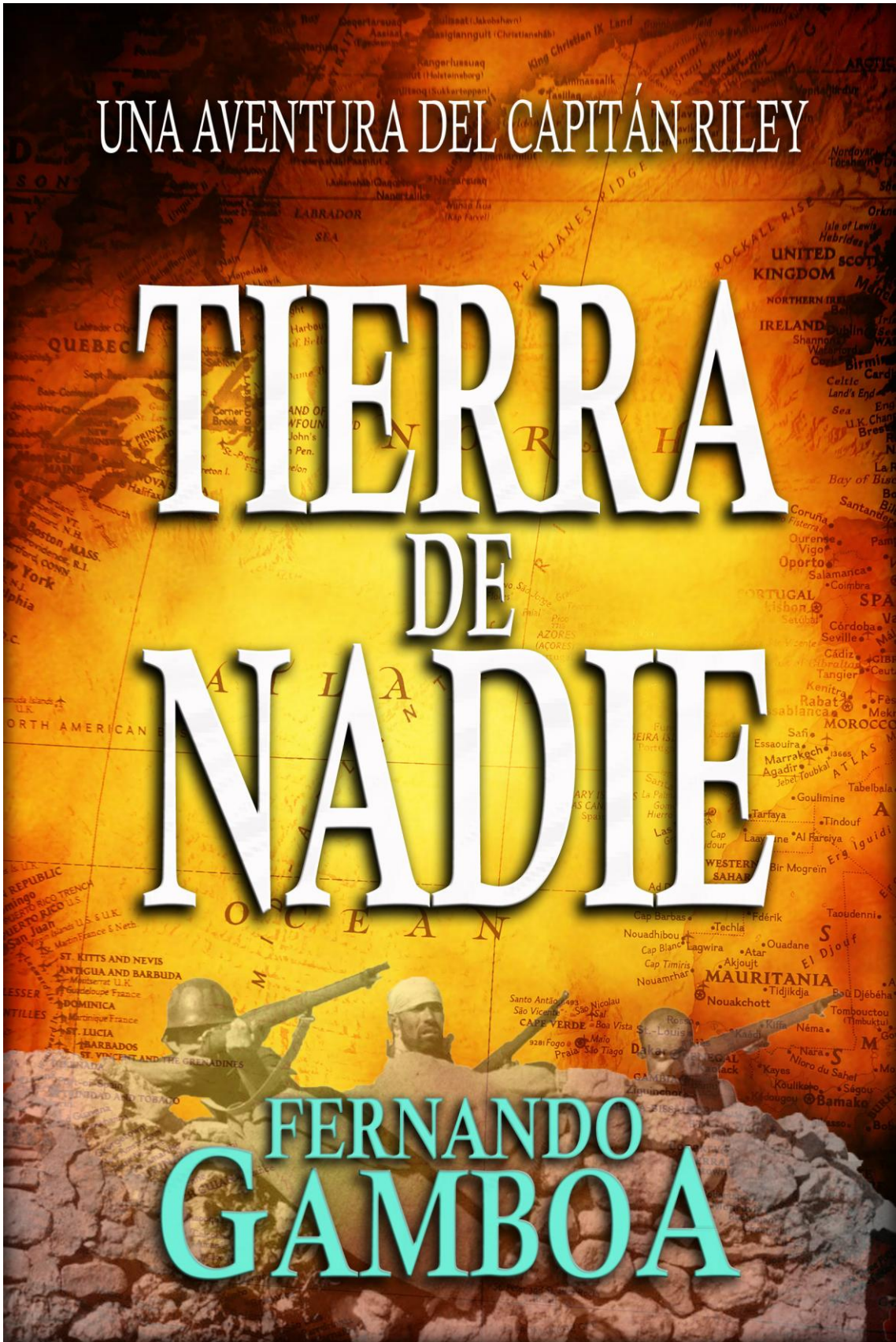


UNA AVENTURA DEL CAPITÁN RILEY

TIERRA DE NADIE

FERNANDO
GAMBOA



Tierra de nadie

FERNANDO GAMBOA

© Fernando Gamboa González 2015

ASIN:

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

[Twitter](#) & [Facebook](#)
www.gamboaescritor.com

Prólogo del autor

Pues aquí estamos de nuevo, querido lector. Tú, yo y cuarenta mil palabras por delante —después de lo que hemos pasado juntos en anteriores novelas, estoy seguro de que me permitirás el tuteo—, listos para embarcarnos en una nueva aventura de nuestro común amigo Alejandro Riley. Es curioso, pero parece que fue ayer cuando le dejamos bien acompañado en una cafetería a orillas del río Potomac, y ya estamos otra vez preparando el petate y comprobando el cargador de nuestra Colt del 45.

En esta ocasión, sin embargo, lo que voy a relatar no es lo que sucedió a partir de aquel instante en el que Riley estaba a punto de... bueno, ya sabes. La historia que te voy a contar aconteció unos años antes de los hechos que escribí en la novela *Capitán Riley*, y es una de esas historias que se suelen narrar ante los rescoldos de una chimenea o al final de una larga velada, mientras se sostiene una copa en la mano con la mirada perdida en algún punto indefinido de la memoria. Podría decirse que el relato de *Tierra de nadie* es una novela breve, o quizá un cuento largo. Algo más escueto que *Capitán Riley*, pero en cualquier caso espero que igual de emocionante y divertido.

Es probable que en este mismo momento te estés preguntando: ¿Y por qué demonios no ha escrito la secuela de *Capitán Riley*? ¿Tanto tiempo esperando y me viene con estas? ¿Un año entero para escribir ciento y pico páginas? ¡Será vago el tío!

Y la verdad es que sí, que un pelín vago sí que soy, pero no es esa la razón. Lo que sucede es que me hallo inmerso en la redacción de *Capitán Riley II*, pero como la nueva novela —esta sí, la continuación de la primera— no estará lista hasta finales de año, he tenido la feliz idea de escribir este relato que permitirá a los viejos amigos del capitán reencontrarse con él en una nueva aventura antes de Navidad, podría decirse que para ir abriendo boca.

Y claro está, para aquellos que aún no lo conocéis, esta es también una buena oportunidad para descubrir quién es Alejandro Riley o por qué *Capitán Riley* ha llegado a ser la novela más vendida y mejor valorada en 2014 en Amazon España.

En fin, amigo lector, con esto creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora solo espero que disfrutes como un niño de las próximas ciento doce páginas de *Tierra de nadie* y que esta solo sea una más de las muchas correrías que aún hemos de vivir juntos a partir de ahora.

Que dé comienzo la aventura.

«¿Y sabe otra cosa?

Este país es demasiado bello como para que los fascistas lo hagan suyo. Ya han convertido Alemania, Italia y Austria en algo tan repugnante que incluso el paisaje es feo.

Cuando conduzco por las montañas de aquí y veo las montañas de piedra y los campos áridos a ambos lados, los parasoles clavados en la arena de las playas, los pueblos del color de la tierra y los lechos de grava de los ríos, la cara de sus agricultores, pienso: ¡hay que salvar España para la gente decente, es demasiado hermosa como para desperdiciarla!»

Carta de Martha Gellhorn a Eleanor Roosevelt
1938.

24 de agosto de 1937
43 kilómetros al sureste de Zaragoza.
España.

Aquel mediodía de finales de agosto de 1937, el sol se abatía como una maldición bíblica sobre los quinientos hombres del Batallón Lincoln que marchaban por el estrecho camino de tierra, formando una columna más o menos homogénea que se prolongaba durante casi medio kilómetro. Cargaban cada uno de ellos con un fusil máuser, una manta, un hato con una taza y un plato de latón, municiones en el cinto y un par de mudas tan desgastadas y sucias como las que llevaban puestas en ese momento. Cubiertos de un fino polvo amarillo de aquellas tierras, semejaban un cansino desfile de muertos vivientes que hubieran salido a dar una vuelta.

El hipnótico canto de las cigarras se sobreponía al áspero rumor de mil botas arrastrándose. Allá donde se dirigiera la vista, campos de olivos y tierras resacas y abandonadas a causa de la guerra se extendían hasta el horizonte. A sus espaldas, hacía horas que había desaparecido en la distancia el humeante campanario del pueblo de Quinto, conquistado apenas el día anterior a un precio demasiado alto por aquellos mismos hombres. Al frente, se perfilaba contra un cielo azul desvaído la silueta oscura, chata y alargada del lugar que era su auténtico destino: Belchite.

El teniente Alejandro M. Riley caminaba a la cabeza de la Primera Compañía. El pelo negro sucio y alborotado le caía sobre la frente casi hasta la altura de los ojos ambarinos, entrecerrados hasta ser poco más que dos finas muescas enmarcadas en una espesa barba que cubría su ancha mandíbula y que no había podido afeitarse desde hacía dos semanas. La camisa que tiempo atrás había sido blanca se le pegaba al cuerpo como una apestosa segunda piel, los gastados pantalones de lanilla parecían de esparto, las viejas botas apenas se alzaban del suelo a cada paso y la pistola Colt que llevaba al cinto le pesaba como si cargara un mortero.

Alex Riley avanzaba con el paso cansino de alguien que lleva marchando desde la madrugada bajo un calor infernal, pero se obligaba a mostrarse animado para no aparentar debilidad ante los soldados que le acompañaban formando un pequeño grupo de avanzadilla. Ahí estaban entre muchos otros los sargentos Vernon Shelby —un estudiante de West Point que no terminó la carrera—, John G. Honeycombe —miembro del Partido Comunista de California—, Harry Fisher —un arquitecto de Ohio recién graduado— y Joaquín Alcántara, un orondo cocinero gallego radicado en Brooklyn, fiel amigo de Alex desde el inicio de la guerra y que le había salvado la vida durante el nefasto asalto del Pingarrón seis meses atrás.

En ese momento, levantando una nube de polvo a su paso, los alcanzó el comandante Robert Merriman a lomos de un caballo tordo. Tirando de las riendas hizo

que el animal se detuviera junto a ellos y con un ágil movimiento descabalgó de un salto y se plantó frente a Riley.

El antiguo profesor de economía de la universidad de California y ahora comandante de aquel batallón integrado únicamente por voluntarios norteamericanos era un hombre inteligente y resuelto. Bien parecido, era tan alto como Riley y en cualquier circunstancia lucía impecable su gorra de plato, la guerrera de comandante y unas botas de caña alta hasta las rodillas que semejaban inmunes al pegajoso polvo de los campos españoles.

—¿Cómo va todo por aquí, Alex? —preguntó sin preámbulos, haciendo un aparte con él.

—Bastante bien —contestó, y echando un breve vistazo a los hombres añadió—: Aunque creo que este sería un buen momento para descansar y reponer fuerzas a la sombra de los olivos; los hombres están exhaustos.

Merriman miró a su alrededor, entrecerrando los párpados tras sus anteojos.

—Me parece una buena idea. Acamparemos aquí a la espera de órdenes. Y ocúpese de que cavén unos cuantos pozos de tirador en el límite del olivar. No quiero sorpresas.

—A la orden —contestó, y acercándose le preguntó en voz baja—: ¿Le han dicho para cuándo tiene planeado el asalto?

Merriman torció el gesto.

—Quién sabe, Alex —le contestó en el mismo tono, fuera del alcance de los oídos de los hombres—. Ojalá que nunca. Ya sabes que pienso que atacar este cochino pueblo es una soberana estupidez que nos va a costar tiempo y vidas, pero en el Ministerio de Guerra insisten en que lo hagamos y nadie ha sido capaz de convencer a Indalecio Prieto de lo contrario. Así que... —dejó la frase sin acabar, encogiéndose de hombros.

Riley chasqueó la lengua con desagrado.

—Ya.

—Exacto —coincidió Merriman—. De modo que quedémonos aquí y esperemos acontecimientos.

—¿Cree que podrían cambiar de opinión? —inquirió el teniente, levemente esperanzado.

El comandante Merriman negó con la cabeza.

—Nunca lo hacen —le recordó.

Y dicho esto se acercó al caballo, caló la bota en el estribo y, con la misma facilidad que había empleado al descabalgár, volvió a subir a él y regresó a retaguardia levantando una nube de polvo a su paso.

Alex Riley se aproximó al sargento Joaquín Alcántara, y tomándole del brazo señaló un punto unas decenas de metros más adelante.

—Jack, el comandante ha dado orden de que montemos aquí el chiringuito, así que toma a tu pelotón y que cavén un par de pozos de tirador ahí delante, junto a esos olivos.

—Ya era hora —protestó el gallego, enjugándose el sudor de la frente con la manga—. Parecía que nos quisieran llevar desfilando hasta la plaza del pueblo.

—Yo aún no lo descartaría —sonrió sin humor—. Pero de momento, vamos a plantar el culo a la sombra y a descansar hasta recibir nuevas órdenes.

—¿Qué te ha dicho Merriman?

—Nada. Está cabreado por estar aquí en lugar de marchando hacia Zaragoza, pero también tiene que acatar órdenes.

—¿Y tú qué opinas?

Dirigió la mirada hacia Belchite, dos kilómetros más allá. Era un hermoso pueblo de arracimadas casas de piedra y techos de teja ocre que, en la distancia y desde el lado norte donde lo observaban, semejaba tan compacto e impenetrable como una muralla.

—¿Será tan jodido como aparenta? —añadió

Alex apoyó la mano en el hombro de su amigo, mirando en la misma dirección.

—Quién sabe. He oído que contaremos con apoyo aéreo y de artillería, pero aun así... Ese pueblo es como un castillo medieval.

—Se rumorea que hay como mil nacionales atrincherados ahí dentro. Muchos de ellos moros.

—Eso dicen.

Jack le miró de reojo.

—Eso son muchos nacionales juntos, y los moros lucharán hasta el final porque saben que si los capturamos los fusilaremos.

—Pues entonces tendremos que matarlos a todos —contestó fríamente.

El gallego, ahora sí, se volvió hacia su superior.

—Hace seis meses no habrías dicho eso —murmuró en un velado reproche.

Los músculos de la mandíbula de Alex se tensaron.

—Hace seis meses —dijo al cabo de un momento sin desviar la vista del horizonte—, yo era otro.

—Pues me caía mejor ese otro, si te soy sincero.

Riley se volvió hacia su segundo con la ira flameando en las pupilas. De no tratarse de él le habría hecho arrestar en ese mismo momento. Aun así, necesitó unos segundos para recobrar la calma.

—Puedes ir a visitarle cuando quieras —replicó entonces, apenas conteniendo la irritación—. Está enterrado en las faldas del Pingarrón junto con el resto de su compañía. Asesinado por los mismos que se esconden en ese maldito pueblo.

—Ya lo sé, *carallo*. Yo también estaba allí, ¿recuerdas? Soy el fulano que te sacó a rastras cuando te estabas desangrando con un tiro en el pecho.

Instintivamente, Alex se llevó la mano a la cicatriz de bala junto al corazón, que le había tenido cuatro meses en el hospital de Valencia al borde de la muerte. Pero no era esa la herida que no le dejaba dormir por las noches y ensuciaba su alma con una costra de resentimiento.

—Ya basta de cháchara —atajó cortante—. Haz lo que te he dicho y no tardes. Antes de que atardezca quiero a toda la sección a cubierto.

—A sus órdenes, camarada teniente.

Joaquín Alcántara se cuadró, llevándose el puño cerrado a la sien a modo de saludo. Lo hizo de un modo tan absurdamente marcial que era imposible no darse cuenta de que se estaba choteando.

—Vete a la mierda, Jack —masculló Riley, antes de darse la vuelta y encaminarse a repartir órdenes al resto de suboficiales.

Un par de horas más tarde el Batallón Lincoln al completo ya había hecho suya la falda norte de una pequeña loma sembrada de olivares, al abrigo del sol y de la línea de tiro de los defensores de Belchite. A buen seguro les estaban observando en ese mismo momento con prismáticos, del mismo modo que lo hacía, parapetado tras los sacos terreros, el general Waclaw «Walter» Swierczewski: un militar de origen polaco del Ejército Rojo proveniente de la Academia Militar de Moscú, de mirada gélida y actitud inflexible, al que se le había entregado el mando absoluto de las Brigadas Internacionales en el que se encuadraba el Batallón Lincoln.

A su lado, como una sombra silenciosa, el comisario político destinado a las Brigadas Internacionales, André Marty —un francés siniestro de mirada huidiza al que apodaban «El carnicero de Albacete»—, se mantenía al margen observándolo y escuchándolo todo con las manos a la espalda.

—Camarada general —irrumpió la potente voz de Merriman.

—¿Sí? —contestó este sin volverse ni despegar los ojos de los binoculares.

—Ya han llegado todos los oficiales. Podemos empezar cuando usted quiera.

—¿Qué es aquello? —preguntó sin embargo con su acento ininteligible, señalando al frente.

Robert Merriman se puso a su lado haciendo visera con la mano, tratando de adivinar a qué se refería.

—¿Ese gran edificio de piedra de tres plantas con un campanario? Se trata del convento de San Rafael.

—¿Monjes?

—Monjas, creo.

—Entiendo. ¿Y ese otro... justo en la entrada del pueblo?

—Ese es el convento de San Agustín.

El general apartó ahora sí la mirada de los prismáticos y se volvió hacia el comandante con gesto incrédulo.

—Bromea. ¿Dos conventos tan grandes en un pueblo tan pequeño?

Merriman se encogió de hombros. Estamos en España, venía a decir.

—Creemos que este último está abandonado.

El general Walter volvió a llevarse los binoculares a la cara, para estudiar el edificio con renovado interés.

—Interesante... —murmuró en voz baja.

Se tomó su tiempo en comprobar que no había piezas de artillería ni búnkeres en los aledaños del pueblo, y con expresión satisfecha se dio la vuelta para dirigirse al pequeño cónclave que le esperaba formando un semicírculo frente al costado de un

camión de suministros, en el que habían sujeto un detallado mapa del pueblo y alrededores.

—Camaradas —saludó con una leve inclinación de cabeza a los cuatro capitanes y quince tenientes que representaban a toda la oficialidad del Batallón Lincoln.

—Camarada general —respondieron al unísono, poniéndose firmes.

—Descansen —repuso Walter con un gesto displicente.

Entonces, con las manos entrelazadas a la espalda, se plantó frente al mapa durante dos largos minutos, dándoles la espalda a los oficiales que aguardaban en silencio a que el general tomara la palabra.

—*Khorosho... Otlichno* —dijo para sí en ruso, y nadie supo qué significaba hasta que se dio la vuelta y repitió—: Bien... Excelente.

El general al mando de las Brigadas Internacionales sonrió, pero no había nada agradable en aquella sonrisa.

—Camaradas americanos —dijo paseando la mirada entre los presentes—. Al Batallón Lincoln se le ha encomendado la gloriosa misión de conquistar el pueblo de Belvitche.

Merriman, de pie a su lado, carraspeó discretamente.

El general le miró, luego al mapa, y corrigió sin interés:

—El pueblo de Belchite. Se llame como se llame, su misión será asaltarlo desde el norte —se hizo a un lado y apoyó el índice en el mapa—. Estas son nuestras posiciones, y para mañana se habrá cerrado totalmente el cerco alrededor del pueblo por parte de las tropas al mando de los camaradas Líster y Modesto, aislándolos de las líneas de suministro nacionales. Entonces comenzarán los bombardeos por parte de la aviación y la artillería para ablandar las defensas, y en dos o tres días iniciaremos el asalto en el que ustedes tomarán la iniciativa, bajando por esta ruta —resiguió la delgada línea negra que pasaba justo por donde estaban y llegaba hasta el flanco noroeste del pueblo—, haciéndose en primer lugar con estos dos edificios de aquí: una fábrica de aceite y un convento abandonado, que nos servirán de cabeza de puente. Una vez hayan asegurado sus posiciones, otras cuatro divisiones de tanques e infantería atacarán por todos los flancos hasta arrasar cualquier resistencia —dibujó una mueca que pretendía ser una sonrisa y, cerrando el puño ante sí, añadió—: y destruir completamente al enemigo.

La veintena de oficiales se removieron con inquietud, por lo que Merriman se apresuró a añadir:

—Contamos con cuatro divisiones, unos veinticuatro mil hombres, así como numerosas piezas de artillería que bombardearán el pueblo sin descanso hasta minimizar las fuerzas enemigas. El alto mando estima que, para cuando iniciemos el asalto, apenas encontraremos resistencia.

—Camarada comandante —intervino Michael Law, el primer oficial de raza negra en la historia de los Estados Unidos que dirigía una unidad de hombres blancos y capitán de la Primera Compañía en la que estaba encuadrado Riley—, ¿qué significa exactamente lo de que «tomaremos la iniciativa», y que «una vez que hayamos asegurado posiciones atacarán el resto de divisiones»?

Merriman miró de reojo a Walter antes de contestar en su nombre:

—Significa justo lo que parece, capitán. Se ha decidido que nosotros iniciemos el asalto por el norte, y así distraer a las defensas para que el resto del ejército ataque por el este y el sur.

El capitán Law frunció el ceño.

—Entiendo... —masculló—. Distraer a las defensas.

—¿Algún problema con eso, capitán? —intervino el general polaco.

—Ningún problema, camarada general —contestó con un sarcasmo muy poco sutil—. El Batallón Lincoln, como siempre, listo para entrar en combate en primera línea.

Los labios del general Walter se estiraron en una mueca cruel.

—Me agrada mucho oír eso, camarada capitán —replicó el polaco, taladrándole con la mirada—. Porque entonces estará encantado de saber que su propia compañía irá en cabeza en el asalto inicial.

—A la orden, camarada general —replicó Law alzando la barbilla orgullosamente como si estuviera encantado con aquella orden.

Sin embargo tuvo la prudencia de no añadir nada más. Volvió la vista a su izquierda y su mirada se cruzó con la de Riley, a quien le dedicó un velado gesto de disculpa.

El general Walter se llevó las manos de nuevo a la espalda y guardó silencio unos segundos, antes de interpelar:

—¿Alguna otra pregunta?

Esta vez nadie osó plantear sus dudas en voz alta, y el comandante Merriman volvió a intervenir:

—Creemos que los defensores cuentan con unos mil efectivos; entre voluntarios, requetés, falangistas y moros. Es probable que dispongan de alguna pieza de artillería oculta, razón por la cual no podemos iniciar el ataque con los tanques. Pero como ha dicho antes el general, para cuando lancemos el asalto las fuerzas enemigas ya estarán muy mermadas y posiblemente se habrán rendido.

En un reflejo involuntario, Riley resopló por la nariz. Un gesto que no pasó desapercibido para el general polaco.

—¿Desea decir algo, teniente?

Alguien a su lado le pisó intencionadamente. Incluso el propio comandante parecía pedirle con la mirada que mantuviera la boca cerrada.

Pero callarse nunca había sido una de sus virtudes.

—En realidad no, camarada general. Solo estaba pensando... —carraspeó— en que todos sabemos de sobra que el enemigo no va a rendirse. Ellos saben que casi siempre los fusilamos, sobre todo a los moros, igual que hacen ellos con nosotros. Así que yo no me rendiría si estuviera en su lugar y no contaría con que ellos lo hagan. ¿No sería más sensato —añadió, saltándose los límites de la prudencia—, dejarles a los nacionales un corredor para que puedan huir? Salvaríamos muchas vidas y sería mucho más fácil conquistar el pueblo. Como decía mi madre española: «A enemigo que huye, puente de plata».

El general dio dos pasos al frente y el resto de oficiales se apartó como las aguas del Mar Rojo.

—Muchas gracias por compartir con nosotros la opinión sobre táctica militar de su madre, teniente...

—Riley. Alex Riley.

—Permítame preguntarle algo, teniente Riley. Antes de alistarse en las Brigadas Internacionales, ¿qué era usted? ¿Cuál era su profesión?

—Oficial de la Marina Mercante de los Estados Unidos, camarada general.

—Un marino... comprendo. ¿Y sabe cuál era mi profesión antes de venir a esta guerra?

—Lo ignoro, camarada general.

—Profesor de alta estrategia en la Academia Militar de Moscú. ¿Qué le dice eso?

Alex pareció pensarlo un momento.

—No sé... ¿Que sus alumnos deben estar tomándose unas vacaciones?

Karol Waclaw Swiercewski parpadeó incrédulo ante la irrespetuosa réplica del americano. Y entonces sonrió. Hasta el soldado más tonto del regimiento sabía que aquello nunca auguraba nada bueno.

—Comandante —dijo entonces, volviéndose súbitamente hacia Merriman—, necesitamos un informe de primera mano de las posiciones enemigas, así que quiero que uno de sus hombres se aproxime al pueblo e identifique con detalle la disposición de las fuerzas defensivas en su interior.

—A la orden, camarada general.

—Le encomiendo que ese hombre —añadió, volviéndose un momento hacia Riley—, sea este teniente tan ingenioso. Mañana por la mañana quiero que me entregue un informe completo en el centro de mando o de lo contrario será usted mismo quien salga en la próxima patrulla. ¿He sido claro?

—Cristalino, camarada general.

—Excelente.

Sin mediar una palabra más le dio la espalda al grupo de oficiales. A grandes zancadas se alejó camino del vehículo que le esperaba a unos pocos metros con el chófer apoyado en el capó, se subió a él y, escoltado por dos motoristas, partió de inmediato dejando una estela de polvo amarillo.

El resto de asistentes a la reunión se dispersó en silencio regresando a sus unidades. Riley, en cambio, sintió una mano apoyándose en su hombro que le detuvo.

—Eres un bocazas —dijo la voz de Law a su lado.

—Dígame algo que no sepa, capitán.

—¿Por qué has tenido que hacerlo?

En respuesta, Alex simplemente se encogió de hombros.

En ese momento Merriman, que había acompañado al general hasta su coche, regresó sobre sus pasos mientras negaba con la cabeza una y otra vez.

—¿Pero se puede saber en qué demonios estabas pensando? —le espetó, abriendo las manos—. ¿Es que quieres que el general te mande fusilar por insubordinación?

—Me preguntó y di mi opinión.

—¡Tu opinión! ¡Y a quién le importa tu opinión! —exclamó airado, clavándole el índice en el pecho—. ¡Tú estás aquí para obedecer órdenes y contestar que sí a todo, no para opinar!

—Pensé que...

—¡No pienses, joder!

Riley tenía la réplica en la punta de la boca, pero se dio cuenta de que Robert Merriman estaba realmente molesto porque de verdad le apreciaba.

—Le pido disculpas, camarada comandante —dijo en cambio—. No volverá a suceder.

—Claro que no volverá a suceder, so ceporro —el tono de su voz no cambió aun con la disculpa—. Lo más seguro es que te peguen un tiro en esa estúpida patrulla.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que no sea así.

—Esta vez la has metido hasta el fondo, Alex —intervino de nuevo Law.

Merriman se lo quedó mirando también, con un gesto no muy diferente al empleado con Riley.

—Mejor cálese, Law. Que usted también tiene lo suyo.

—Sí, camarada comandante.

Este se pasó la mano por la frente en un gesto de infinito cansancio.

—No me puedo creer que los dos mejores oficiales que tengo sean los más tontos de todo el ejército republicano.

—Gra...

—Le he dicho que se calle, Law.

—A la orden.

Merriman comenzó a andar en círculos, meneando la cabeza y resoplando furioso al mismo tiempo.

—A pesar de lo burros que sois, desearía hacer algo para ayudaros. Quizá pudiera tratar de convencer al general de que os habéis disculpado y hacer que vaya otro a esa patrulla. Puede que si vais en persona al centro de mando y...

—Comandante —le interrumpió Riley— ...Bob.

El aludido se detuvo y levantó la vista.

—Gracias, camarada comandante —añadió Alex—, pero no haga nada de eso. No voy a disculparme con el general y tampoco quiero que otro ocupe mi lugar. Iré a esa patrulla y regresaré con el informe. Yo me he metido en el lío y yo saldré de él.

Merriman miró fijamente al teniente de la primera compañía y luego volvió la cabeza hacia la tierra de nadie que les separaba del pueblo de Belchite. Un páramo seco y llano, salpicado de olivos y matojos, sin apenas lugares donde ponerse a cubierto y observar.

—Espero que así sea —dijo al cabo, dándole una amistosa palmada en el hombro, aunque tanto su tono de voz como su expresión dejaban claro que en realidad lo dudaba mucho.

¿Quieres seguir leyendo?

Encuentra en Amazon TIERRA DE NADIE por un precio que no vas a creer.

¡Feliz aventura!